



LA CRUZ DE LA VICTORIA

Enrique Lizanes

LA CRUZ DE LA VICTORIA



Primera edición: enero de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Enrique Lizanes

© Ilustración de portada: Antonio Acebal (Forma).

ISBN: 978-84-19595-84-3

ISBN digital: 978-84-19595-85-0

Depósito legal: M-2690-2023

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi hijo Jaime,
en agradecimiento por la lectura del original
y por sus atinados comentarios, que tanto
han contribuido a mejorar este libro.*

El Señor mostrará
a sus siervos su poder
y a sus enemigos su ira.

ISAÍAS 66:14

A MODO DE ACLARACIÓN

Pese a que he puesto especial empeño en que los personajes que pueblan estas páginas usen locuciones y palabras antiguas, algunas de las cuales están hoy en desuso, su manera de expresarse no es, obviamente, la empleada en la época que intento recrear. Por el contrario, el lenguaje que utilizan Pelayo y los demás protagonistas se corresponde con el modelo de castellano hablado actualmente en España.

Idéntico criterio he seguido con los topónimos que aparecen en el libro, y a la hora de citarlos uso los nombres con que los conocemos hoy en día. Así, escribo Cangas de Onís antes que Canicas; Gijón mejor que Gegio, o Mérida en lugar de Emérita Augusta. También a veces menciono nombres de lugares o pueblos que tal vez no existían en el período histórico que nos ocupa; al menos no hay constancia documental de ellos a principios del siglo VIII. Pero eso no obsta para que, pese a todo, existiesen. Tal podría ser, entre otros, el caso de Caín, el pueblo situado más al norte de la provincia de León, en el límite con Asturias. Pero aun en el caso de que no existiera como un conjunto poblacional propiamente dicho, es posible que hubiese en aquel enclave unas cabañas de pastores que con el paso del tiempo irían aumentando hasta conformar una aldea, que bien podría ser el origen del pueblo que hoy conocemos con ese rotundo nombre de reminiscencias bíblicas.

Otro tanto podría decirse de la ermita de Corona, de la que tampoco hay noticias en los albores del siglo VIII. Pero se sabe que en el antiguo valle de Eone había varios monasterios, uno de ellos,

acaso el más antiguo, situado en Santa Marina, podía ser de origen visigodo. Por otra parte, no hemos de olvidar que muchos lugares de culto de la antigüedad que hoy gozan de gran predicamento en la Iglesia católica tuvieron un origen pagano. Y eso podría haber ocurrido también con la ermita de Corona, situada en el monte de igual nombre del valle de Valdeón.

En estas tierras altas existe una vieja leyenda, hondamente arraigada entre las gentes del lugar, según la cual, Pelayo habría sido coronado rey en esta ermita, de donde le vendría el nombre. Haciéndome eco de esa leyenda, he querido *coronar* en ella al héroe de la Reconquista, por más que en El Repelao (Rey Pelaio), en Asturias, circule una leyenda similar. Otro tanto ocurre en la aldea cántabra de Los Llanos, cuyo nombre en latín, *Planum Regis* (Llano del Rey), con el que aparece citada en algunos textos antiguos, apunta a esa posibilidad. Espero de la comprensión de los lectores que me permitan esta licencia.

Nada más lejos de mi intención que tomar partido a favor de alguno de los territorios que se disputan, bien que amigablemente, las gestas protagonizadas por Pelayo, sin duda el personaje más importante de cuantos ocupan el panteón de nuestros héroes nacionales. He puesto especial empeño en que el artífice de la Reconquista se mueva con total libertad a lo largo y ancho de la Montaña de Covadonga (que es lo que hizo con toda certeza durante el tiempo glorioso que le tocó vivir), sin atender a ningún criterio de servidumbre administrativa o provincial.

En este punto he procedido con total imparcialidad, lo que no me ha supuesto ningún esfuerzo, porque a pesar de que mantengo estrechos vínculos familiares con Asturias, vivo buena parte del año en la provincia de León y siento un gran cariño por Cantabria, donde tengo buenos amigos, no he nacido en ninguna de estas provincias; por tanto, creo estar a salvo de cualquier sospecha de localismo.

Algunas consideraciones previas sobre Ermesinda

En el sarcófago donde reposan los restos de Pelayo, situado en la Santa Cueva del Santuario de Covadonga, hay una inscripción, burdamente escrita en castellano antiguo, que alude a la hermana de Pelayo, pero omite su nombre. Otro tanto ocurre con las fuentes históricas, que nos lo ocultan las más de las veces. Y así, velando su nombre la envuelven en un halo de misterio y suscitan la curiosidad de los estudiosos, uno de los cuales, autor contemporáneo, la llama, con cierto asomo de ironía, la *innominada*. Sin embargo, bien podría llamarse Ermesinda, como su sobrina, nombre que se le ha llegado a adjudicar, junto con el de Adosinda y alguno más.

Se ha sugerido que la hermana y la esposa de Pelayo, que comparten sepulcro con él, según reza el epígrafe que puede leerse en el lucillo, serían la misma persona. De esta teoría, no por osada menos verosímil, se infiere que Pelayo pudo haber ocultado su relación de pareja con Gaudiosa haciéndola pasar a veces por su hermana. Con este ocultamiento habría preservado el buen nombre de la joven, evitando exponerla a habladurías y murmuraciones.

Con respecto a la Ermesinda de que hablan las crónicas, que está enterrada junto a Alfonso I, su esposo (la tumba se encuentra también en la Santa Cueva, junto al altar de la Santina), se trata sin duda alguna de la hija de Pelayo y Gaudiosa, lo que abona la teoría arriba expuesta, ya que es habitual que un padre le ponga a su hija el nombre de su hermana favorita.

Pero volviendo a la hasta ahora *innominada*, a quien hemos dado en llamar Ermesinda, todo indica que fue durante un breve espacio de tiempo amante, bien que a la fuerza, de Munuza. Pero tras huir del alcázar donde el prefecto de Gijón la tenía confinada, su pista se pierde en la nebulosa de los tiempos. Esta circunstancia no me impedirá establecer una teoría que se me antoja plausible.

De acuerdo con los usos y costumbres de la época que le tocó vivir, es harto probable que Ermesinda se viese obligada a ingresar en un monasterio, triste destino reservado a las doncellas mancilla-

das (poco importaba que su «deshonra» fuera como consecuencia de una violación). Pero me resisto a ver a esta joven llena de vida enclaustrada para siempre, apartada del mundo tras los muros de un convento. Y para evitarlo haré que encuentre a un buen esposo que la colmará de felicidad.

Este es mi pequeño homenaje a las mujeres tratadas de modo cruel por leyes injustas, hoy felizmente superadas. O casi.

E. L.

PRIMERA PARTE

Verano del año 719 de Nuestro Señor

Lo primero que vieron los miembros de la avanzadilla al irrumpir en el campamento fue un cerdo chamuscándose sobre las brasas. La visión del animal, que desprendía un fuerte olor a carne quemada, suscitó un murmullo general de protestas seguido de una sarta de insultos y comentarios obscenos. Lo que más les exasperaba eran los *repulsivos* gustos culinarios de los cristianos. Pero poco después hallaron algo que les llenó a todos de satisfacción: dispuestas sobre una tosca mesa de madera había un buen número de perdices; algunas estaban ya ensartadas en los espetones, listas para la parrilla, y en el horno comunal se cocían no menos de seis panes. Un soldado cogió rápidamente la pala de madera y los sacó antes de que se quemaran. Por la pericia que demostró durante la operación se decía que era panadero. Junto a las aves había una artera, la pieza de hierro con que cada familia marcaba su pan para poder identificarlo. La marca o símbolo de aquella consistía en una hoja de roble hendida por la mitad.

En un prado cercano, ajeno a cuanto ocurría a su alrededor, pastaba el ganado. Destacaban entre el intenso verdor las vacas *roxas*, de pelo rojizo, que compartían la jugosa hierba con un rebaño de cabras, una de las cuales se apartó del resto y se dirigió a las pallozas de la llanada. Al verla, uno soldado intentó echarle mano arrojándose en plancha sobre ella, pero la cabra se zafó de un salto. Tendido de bruces en el suelo, el frustrado cazador hubo de so-

portar las burlas de sus compañeros. Haciendo caso omiso de las risotadas se recompuso y avanzó con resolución, los brazos abiertos y el torso proyectado hacia delante, dispuesto a agarrarla por el cuello. Lejos de arredrarse, la cabra se plantó ante él en actitud desafiante, e inclinando la testuz le mostró los cuernos, pequeños y puntiagudos, dispuesta a acometerle. El soldado se detuvo en seco.

—Bien se ve que en este país todo es arriscado y peligroso —declamó ahuecando la voz uno de los soldados, para añadir a continuación—: especialmente las cabras, que pueden matarnos con su poderosa cornamenta.

El comentario provocó una nueva cascada de risas.

—¡Vamos, Abdelkáder, demuestra de lo que eres capaz! —dijo alguien sumándose a la rechifla.

Se sentía humillado viéndose convertido, muy a su pesar, en objeto de burla. Aunque llevaba casco y peto de cuero, los zaragüelles solo le cubrían hasta la mitad de las piernas, que se llevaron la peor parte tras la aparatosa caída. En la palma de la mano izquierda se le había incrustado la espina de una zarza y la sangre le resbalaba por las rodillas.

—O ¿es que sus cuernos te han asustado?

Abdelkáder se debatía entre la conveniencia de matar a la cabra con la espada, tarea que no debía de ser fácil a juzgar por la agilidad con que se movía, o eliminarla por la vía rápida arrojándole la lanza.

La aparición del oficial disipó sus dudas y acalló las risas.

—¡Han salido corriendo como alma que lleva el diablo! —dijo con expresión de triunfo, y mientras paseaba la mirada por el contorno, como esperando descubrir a algún enemigo oculto, se quitó el casco y se pasó el antebrazo por la frente sudorosa.

—Hasta los mastines han huido —añadió uno de los soldados, que se protegía del sol haciendo visera con la palma de la mano—. Esos chuchos son tan cobardes como sus amos.

—No hay duda de que nos tienen miedo —proclamó lleno de júbilo el llamado Abdelkáder, a quien la llegada del oficial había

privado de la enojosa decisión de enfrentarse a la cabra o dejarla marchar.

—No les faltan motivos —respondió el oficial—. Y ahora, ¡vayamos tras ellos!

Entretanto, la cabra, libre al fin del molesto acoso del soldado, se daba un festín con los granos de escanda que, aún envueltos en el cascabillo, se secaban al sol ante la puerta de las pallozas.

Todo salió como estaba previsto. No habían transcurrido ni tres días desde la llegada de los cristianos a Caín cuando uno de los centinelas avistó a lo lejos la columna enemiga. A partir de ese momento siguieron el plan que habían ensayado minuciosamente. Lo tenían todo dispuesto para huir cuando los primeros musulmanes comenzaran a ascender la empinada senda que llevaba al campamento. Les harían creer que no les habían visto llegar, y que cogidos por sorpresa, se veían forzados a emprender una precipitada huida.

Se trataba de una puesta en escena perfecta, en la que habían cuidado hasta el más mínimo detalle.

Antes de dar comienzo a la persecución, el comandante al mando dudó si debería ir en pos de los guerrilleros con todos sus hombres o si sería mejor dividir las fuerzas y dejar un grupo vigilando la retaguardia. Decidió consultárselo a su lugarteniente, a quien todos conocían por el sobrenombre de *Guad*.

—Los que se queden en la retaguardia se sentirán injustamente tratados, dado que ansían entrar en combate y matar al mayor número posible de enemigos. Por el contrario, quienes reciban la orden de perseguir a los rebeldes pensarán que das a los otros un trato de favor permitiéndoles descansar en el campamento abandonado mientras ellos se internan en el cañón, teniendo que soportar el calor y la dureza de la marcha a través del cauce seco del río.

—Tienes razón, Guad. No hay nada que nos haga temer una trampa. Es evidente que los cristianos no esperaban nuestra llega-

da, y al verse sorprendidos han escapado como liebres asustadas. Debemos perseguirlos y acabar con ellos.

—Eso es exactamente lo que yo pienso.

Las últimas palabras de su hombre de confianza acabaron por disipar las dudas de Hussein, que confiado en la superioridad de su ejército optó por lanzarse a la caza de los fugitivos. Eran varias las razones que le impulsaban a ello. Por un lado quería brindar a los soldados bajo su mando la oportunidad de obtener una victoria fácil. Pelayo era un líder astuto y escurridizo que guiaba hábilmente a su partida de guerrilleros, y gracias a su perfecto conocimiento del territorio había cosechado algunos éxitos. Aunque se trataba de simples escaramuzas, el saldo final siempre era negativo para los musulmanes, que perdían hombres en cada enfrentamiento. En cualquier caso, el aura de caudillo invicto que rodeaba a Pelayo no tenía la menor justificación, pensaba Hussein, que ahora tenía la oportunidad de eliminar a aquellos montañeses levantiscos.

Había otra poderosa razón que le inducía a atacar y destruir a los guerrilleros. Heredero de una prestigiosa familia de militares sirios, algunos de cuyos miembros alcanzaron el generalato, el comandante musulmán consideraba de vital importancia curtir a la tropa en las asperezas de la guerra, de la que se habían olvidado casi por completo. Aquellos soldados llevaban demasiado tiempo sin combatir, plácidamente instalados en alcazabas y guarniciones de zonas tranquilas; aparte de las rutinarias guardias y algo de instrucción militar, no hacían nada, salvo comer en abundancia y dormir a pierna suelta. Era, pues, el momento de arrancarlos de aquella vida ociosa a que se habían acostumbrado. Si no había enemigos suficientes para que cada uno de sus hombres pudiera matar siquiera a un rebelde, al menos habrían participado en una marcha a paso ligero que les haría perder algunas libras.

Con el enemigo pisándoles los talones, los cristianos se internaron en el cañón del Cares corriendo como corzos a los que

persiguiera una manada de lobos hambrientos. Los agarenos no lo pensaron dos veces y fueron tras ellos.

Durante el invierno, que había sido bastante templado y aun caluroso para las temperaturas habituales en aquellas latitudes, nevó muy poco y apenas se acumuló nieve en las cumbres. Y en primavera la lluvia fue tan escasa que el Cares iba prácticamente seco al comienzo del verano a su paso por Caín.

Por entre las grandes piedras que jalonaban el curso del río, que generalmente permanecían sumergidas cuando el caudal de agua era abundante, afloraba un hilillo plateado que serpenteaba junto a los cantos rodados. Cuando hallaba una depresión en el terreno se detenía, y tras inundar una pequeña poza continuaba su camino, tan débil y esmirriado que parecía fuera a consumirse de un momento a otro en su propia pequeñez.

Hussein el *Tuerto*, el jefe de la expedición de castigo enviada por Otman ben Neza a sofocar el movimiento rebelde, había caído en una trampa con todo su ejército. Pero aún no lo sabía.

Lanzados a la carrera, los musulmanes lograron acortar la distancia que les separaba de los fugitivos. Estaban tan cerca que casi los podían tocar con la punta de los dedos, y eso los exacerbaba, tan grande era su deseo de entrar en combate cuanto antes para aniquilarlos.

Los jefes de escuadrón lanzaban gritos de apremio a los soldados para que no se rezagaran.

—¡Vamos, apretad el paso!

—¡Dentro de poco, la sangre de los infieles teñirá de rojo estas piedras!

—¡No tengáis clemencia con ellos!

—¡A los que se rindan no les deis cuartel: alanceadlos sin contemplaciones! —gritaban los oficiales y repetían los soldados entre sí para insuflarse ánimos mutuamente.

Estaban convencidos de que los alcanzarían de un momento a otro. Y entonces darían rienda suelta a su sed de venganza.

—Esta vez hemos sido nosotros quienes los hemos cogido por sorpresa. Ahora les haremos pagar caro las emboscadas en que nos

han hecho caer y los muertos que nos han causado con sus ataques traicioneros —decía entre jadeos un jefe de escuadrón bastante sobrado de carnes a los hombres que corrían a su lado.

Cargados con la pesada impedimenta, los soldados estaban al borde de sus fuerzas. Pero los oficiales no les permitían descansar.

—¡No desfallezcáis! ¡Estamos a punto de alcanzarlos! ¡Pronto caerán bajo el filo de nuestras espadas! —gritaba Guad para estimular a la tropa.

Mas a medida que avanzaban crecía su inquietud. Se hallaban en mitad de un profundo cañón rodeados de montañas cortadas a pico que, desde su altura pavorosa parecían contemplarles con una mueca burlona. De los cristianos no quedaba ni rastro. Diríase que se los había tragado la tierra. Y así era; aunque más propiamente habría que decir que se los había tragado la montaña.

Durante el comienzo de la persecución, los hombres de Pelayo se mantuvieron a una prudente distancia de los islamitas, llegando incluso a retrasarse deliberadamente para que creciera en ellos la ilusión de que pronto les darían alcance. Pero en uno de los recodos que hace el río a su paso por la garganta y se pierde tras un crestón gigantesco, desaparecieron como por ensalmo.

—¿¡Dónde se han metido esos perros!? —gritaba fuera de sí el Tuerto, que no daba crédito a lo que ocurría.

—Parece cosa de magia —dijo alguien a media voz, como hablando consigo mismo, y enseguida todos se sintieron sacudidos por el terror que les infundían los poderes sobrenaturales.

Los guerrilleros habían estado jugando al gato y al ratón con sus perseguidores, que ya no podían verlos ni oírlos, aunque estaban cerca, solo que ocultos bajo cientos, miles de toneladas de roca. Siguiendo fielmente las instrucciones de Pelayo, los habían conducido hasta cierto lugar donde, en uno de los meandros que formaba el serpenteante curso del Cares, se internaron en una cavidad camuflada tras un gran risco que se erguía majestuoso junto a la orilla. Se trataba de un pasadizo natural de unas cuatrocientas varas de longitud que atravesaba la montaña interiormente por su

ladera más estrecha y se abría al exterior junto a un robledal que crecía a su espalda. Desde allí treparon por entre los riscos como cabras monteses y regresaron al río por los altos farallones que se asomaban a la garganta.

A sus pies, inmovilizados como un barco varado en un lecho de rocas, estaban los moros. Extenuados por el esfuerzo y sin rastro del enemigo, no se atrevían a continuar su accidentada marcha a través del cañón, que había ido estrechándose hasta formar una grieta tenebrosa flanqueada por murallones verticales que parecían tocar las nubes con sus crestas infinitas.

Un cuervo aparece a lo lejos. A medida que se acerca, sus contornos se vuelven más nítidos y brilla con intensidad bajo el sol, que se proyecta con fuerza sobre sus alas color azabache. Crascitando ominosamente desciende a gran velocidad y se lanza sobre los soldados como un águila que se abatiera sobre su presa, pero en el último momento levanta el vuelo y desaparece tras una colina. Sin embargo, poco después... ¡Ahí está de nuevo! Batiendo con fuerza las negras alas sobrevuela una vez más las cabezas de los soldados graznando sin parar, como si voceara un mensaje siniestro. Aunque no se atreven a expresarlo con palabras, todos interpretan el extraño comportamiento del ave como una señal de mal agüero.

Aún no se han repuesto de la impresión cuando el sonido de una gaita rasga el aire. Las notas que brotan del instrumento, vibrantes, enérgicas, llenas de pasión y de furor, son una llamada a la guerra, y a su señal, los hombres de Pelayo inician el ataque.

Las primeras piedras que ruedan ladera abajo son como un al-dabonazo en la conciencia del Tuerto, que comprende, sacudido por el espanto, que han caído en una trampa de la que no les va a resultar fácil escapar.

Desde lo alto de la montaña se precipita sobre los aterrorizados agarenos un turbión imparable de troncos y piedras que arrasa cuanto halla a su paso. Las primeras víctimas son los hombres montados a caballo, que ofrecen los mejores blancos. Algunos

quedan aprisionados bajo su montura. Pero son las nobles bestias las que se llevan la peor parte: tendidas en el suelo, emiten relinchos lastimeros mientras intentan levantarse obstinadamente. Mas tienen tan dañadas las patas, con los huesos astillados asomando bajo la piel sanguinolenta, que no pueden sostenerse de pie. A pesar de todo toman impulso para incorporarse, pese a estar gravemente heridos. Algunos, sobreponiéndose al dolor, logran alzarse unos palmos del suelo. Pero enseguida se desploman.

—¡Descabalgad, rápido! —ordenó uno de los oficiales.

Pero ya no quedaban jinetes: todos habían caído de sus monturas y se hallaban heridos o muertos. Un caballo tordo que conservaba intactos sus miembros huía velozmente hacia la salida del cañón. En su frenética carrera golpeaba con los cascos las piedras del camino, mientras relinchando enloquecido, lanzaba espumarajos por la boca.

El comandante al mando contempla el estrago causado por los cristianos y se siente conmovido al ver los cuerpos maltrechos, algunos terriblemente desfigurados, de los hombres que poco antes marchaban animosos junto a él. Dado que no había defensa alguna con la que protegerse de las mortíferas armas arrojadas, se dirige con voz de trueno a los soldados que le quedan y, sin inmutarse ante los proyectiles que caen a su lado, les anima a no dejarse vencer por el pánico.

Tienen que salir cuanto antes de esa ratonera, pero para ello es vital que se replieguen ordenadamente.

Obedeciendo el mandato de su jefe, Guad dio la orden de retirada. Pero su voz se ahogó en medio del estruendo provocado por las rocas que caían de lo alto, por los gritos de los heridos, por los relinchos de los caballos moribundos... Entonces se colocó delante de los hombres, de espaldas a la montaña, y alzando los brazos para que le prestaran atención comenzó a indicarles el modo en que habían de retirarse. En ese preciso momento, el extremo de un grueso tronco que rodaba a toda velocidad le alcanzó en una pier-

na y lo levantó en el aire con tal violencia, que al caer se golpeó en la nuca. Restos de masa encefálica quedaron esparcidos sobre una de las grandes piedras que, como hipopótamos que se disputaran el agua de una charca, sobresalían en el lecho seco del río.

En un último intento de evitar que cundiera el pánico entre la tropa, Hussein ordenó a sus hombres, entre amenazas e imprecaciones, que permaneciesen a cubierto. Pero los supervivientes corrían despavoridos buscando la salida de aquel infierno, sin saber que se dirigían a una muerte segura. Parapetados tras los riscos, los guerrilleros los esperaban en las zonas bajas del cañón para asaetearlos a placer.

Los cuerpos sin vida de hombres y animales yacían bajo un sol inclemente. El estrépito infernal que se había desencadenado momentos antes en la garganta del Cares cesó de inmediato tras caer abatidos por las flechas de los arqueros los últimos musulmanes. Un silencio sobrecogedor reinaba en el escenario de la batalla.

Un par de oficiales y otros tantos soldados, que habían permanecido en el fondo del cañón resguardados tras unas rocas, rodeaban a Hussein. En un gesto propio de fieles subalternos trataban de proteger al comandante con sus cuerpos. Pero la protección que le brindaban era inútil, pues el combate había cesado. Además, ¿qué podrían hacer cinco hombres en caso de ser atacados?

Hussein miraba en derredor con expresión sombría tratando de encontrar algún soldado herido a quien pudieran prestar auxilio. Pero no halló ni un hálito de vida.

Desde el otro lado de la garganta, un grupo formado por unos veinte rebeldes caminaba hacia ellos. No parecían tener prisa, y tampoco exhibían sus armas en actitud hostil. Diríase que venían en son de paz. Pero quien así pensara se estaría engañando.

De sobra sabían los cinco supervivientes de la batalla que no tenían escapatoria. Solo podían entregar las armas o morir luchando.

Un cristiano alto, de complexión robusta, en cuyo recio ademán se apreciaba la actitud de firmeza y dotes de mando que cabe suponer en un caudillo, marchaba ligeramente destacado sobre los

demás. En el lado opuesto, adelantándose unos pasos, Hussein les salió al encuentro, y dirigiendo la punta de la espada hacia el que iba en cabeza, lo provocó con el gesto.

El hombre retado aceptó el desafío y avanzó resuelto hacia él.

—¿Eres tú Pelayo, el jefe de los rebeldes?

—Lo soy.

—Espero que esta vez luches limpiamente.

—Siempre lo hago.

—Ahora no podrás atacarme por la espalda y al descuido, como tenéis por costumbre los cobardes cristianos.

—¿Tú te atreves a hablar de cobardía cuando has permanecido oculto tras las rocas como una lagartija?

—¡No tienes ningún derecho a hablarme de ese modo! En los largos años que llevo dedicado al ejercicio de la guerra he dado suficientes muestras de mi valor y jamás he retrocedido ante el enemigo.

—Si solo fueras la mitad de valiente de lo que pregonas, y si te quedara un poco de dignidad, ahí tendrías que estar, junto a tus soldados —respondió Pelayo señalando el reguero de cadáveres que poblaban las márgenes del río.

—Te haré pagar tu insolencia... A menos que rehúses el combate y mandes a tus arqueros que disparen sobre mí.

—Lucharemos cara a cara y con las mismas armas. Mis hombres no intervendrán.

—Antes de que te mate quiero tu promesa de que respetarás nuestras vidas.

—Un buen comandante que ha visto morir a sus hombres no querría seguir viviendo.

—Tienes la lengua muy afilada. Me pregunto si serás tan diestro con la espada como hábil con las palabras.

—Veo que más que la falta de tu ojo te ciega la soberbia.

—Con el ojo sano me basta para hundir mi arma en tu corazón —escupió el Tuerto en tono desafiante.

—Mandaré que embadurnen tu cadáver con grasa de cerdo antes de arrojarlo al fondo del barranco, para que te pudras para

siempre en el infierno —respondió Pelayo sin inmutarse, y extendiendo la espada se dispuso a luchar.

Situados frente a frente a una distancia de entre siete y ocho pies, se movían lentamente sin dejar de mirarse, estudiándose mutuamente durante los momentos previos al inicio de la pelea. Fue Hussein el primero en atacar.

El comandante musulmán, que parecía dispuesto a acabar por la vía rápida, descargaba furiosos mandobles que Pelayo se limitaba a esquivar unas veces, a parar otras. Hussein se crecía por momentos, y con cada nueva embestida imprimía más violencia a sus golpes. Era evidente que intentaba acorralar a su adversario. Astutamente, Pelayo le dejaba creer que temía sus cuchilladas, que eran tan potentes como poco certeras. Entretanto reservaba sus fuerzas, que permanecían prácticamente intactas, mientras que su rival empezaba a dar muestras de cansancio.

La lucha se prolongaba y los movimientos del Tuerto, que no había logrado su propósito de herir a Pelayo en los primeros lances, se habían vuelto más pesados y su respiración era cada vez más agitada. El choque de los aceros era el único sonido que rasgaba el aire, y su eco rebotaba en las rocas para expandirse por el cañón. Los cuatro hombres de Hussein, discretamente apartados, seguían el desarrollo de la pelea con los rostros contraídos por la preocupación. En el lado opuesto, los cristianos, confiados en la victoria de su caudillo, se mostraban imperturbables y no exteriorizaban la menor emoción.

En un momento en que la lucha cobraba especial intensidad, Hussein lanzó una formidable estocada que acabó hundiéndose en el vacío. Era tal el ímpetu de su acometida que trastrabilló y fue a dar con sus huesos en el suelo, perdiendo la espada en la caída. Tendido de espaldas, el brillo de su mirada, concentrado en su único ojo, reflejaba el miedo atroz que se había apoderado de él al verse inerme ante su enemigo. Espesas gotas de sudor perlaban el rostro manchado de tierra, del que se había desprendido el parche de cuero negro. Una profunda cicatriz partía en dos la ceja izquierda y dejaba al descubierto una cuenca seca, vacía.

Pelayo hizo un expresivo gesto con la cabeza y le invitó a levantarse. El agareno se tomó su tiempo y finalmente se puso en pie, para lo cual hubo de hacer un esfuerzo que no pasó inadvertido a quienes le contemplaban. Por su expresión dolorida diríase que se había hecho daño. Tras recoger la espada del suelo sacudió la cabeza con energía y flexionó brazos y hombros, como si estuviera aturdido y necesitara despejarse. Sus contorsiones parecían exageradas, tanto que rozaban la teatralidad. ¿Estaba fingiendo Hussein? Era difícil saberlo. Pero tampoco se podía descartar que hubiese sufrido una lesión tras la caída.

Durante un espacio de tiempo difícil de determinar permaneció con la cabeza baja. Parecía como si dudara de continuar luchando. O tal vez estaba haciendo acopio de fuerzas. Pelayo no le quitaba la vista de encima y vigilaba todos sus movimientos. De repente, el musulmán atacó a su oponente sin previo aviso. En una traicionera maniobra calculada para cogerle desprevenido, lanzó la espada contra el pecho de su rival. Pero de nada le sirvió el ardid, porque Pelayo, que parecía conocer sus intenciones, paró la estocada y le acometió a su vez, hiriéndole en el vientre, medio palmo por debajo de la cota de malla.

Plantado ante el hombre que yacía de espaldas en el suelo, Pelayo se mantuvo a la espera por si fuese necesario reanudar la pelea. Pero al Tuerto, que sangraba abundantemente por la boca y por el abdomen, no le quedaban fuerzas para levantarse; tampoco podía ver al hombre que le había vencido: su único ojo se había cerrado para siempre.

Los restos del ejército que tenía por misión destruir la partida guerrillera de Pelayo quedaron sepultados para siempre en la garganta del Cares, en una zona que los lugareños pasaron a denominar desde entonces la *huesera*.

Esta palabra, hoy en desuso por haber sido sustituida por *osario*, ha pervivido con el paso de los siglos en Caín y en los pueblos comarcanos. La huesera cobra vida y reaparece en boca de todos cuando acuden a fiestas y romerías; o cuando vecinos y familiares

se congregan en torno a una hoguera en las frías noches de invierno y organizan un filandón. Entonces, los naturales de estos valles rodeados de montañas cuentan viejas historias que se han ido transmitiendo de padres a hijos y que forman parte de su acervo común. Se trata de narraciones fantásticas en las que con frecuencia merodean los trasgos y se dejan ver fugazmente, en la distancia, las almas en pena; pero también suenan leyendas que aparecen envueltas en la pesada bruma de los siglos. Y como suele ocurrir con los pueblos antiguos y nobles que conservan orgullosos las tradiciones ancestrales que les conectan con sus orígenes, siempre acuden, convocados por el anhelo común de rememorar las hazañas de sus antepasados, los hechos acaecidos muchos siglos atrás, pero que estas gentes conservan en su memoria con el amoroso celo con que se guarda un preciado tesoro.